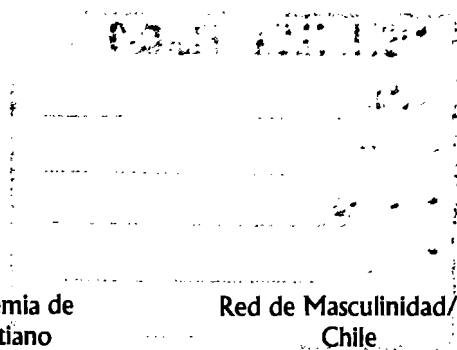


HOMBRES: IDENTIDAD/ES Y SEXUALIDAD/ES

III Encuentro de Estudios de Masculinidades

José Olavarría
Enrique Moletto
(Editores)



FLACSO-Chile

Universidad Academia de
Humanismo Cristiano

Red de Masculinidad/es
Chile

**Hombres: identidad/es
y sexualidad/es.
III Encuentro de Estudios
de Masculinidades**

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella. Especial mención debemos hacer al apoyo de las fundaciones The William and Flora Hewlett Foundation y Fundación Ford.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

612.6 Olavarría A., José, ed.; Moletto, Enrique, ed.
o42HO FLACSO-Chile/Universidad Academia de
Humanismo Cristiano/Red de Masculinidades.
Hombres: identidad/es y sexualidad/es.
III Encuentro de Estudios de Masculinidades.
Santiago, Chile: FLACSO, 2002.
163 p. Serie Libros FLACSO
ISBN: 956-205-163-3

**SEXUALIDAD / HOMBRES / RELACIONES DE
GENERO / MASCULINIDAD / HOMOFobia /
ADOLESCENTES / IGLESIA CATOLICA /
SEMINARIO / CHILE**

Inscripción N°125.893, Prohibida su reproducción.

© 2002, FLACSO-Chile
Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.
Teléfonos: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0270
Casilla Electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile
Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile
Diseño de portada: Claudia Winther
Impresión: LOM Ediciones

INDICE

Presentación	5
Introducción	7

I SECCION

HOMBRES, SEXUALIDAD/ES Y RELACIONES DE GENERO

Hombres y sexualidades: naturaleza y cultura (castrar o no castrar) <i>José Olavarría</i>	13
El huaso y la lavandera: significaciones de la sexualidad y la violencia en la construcción de géneros en la narrativa chilena <i>Rubí Carreño</i>	29
La homofobia posible: una reflexión sobre las prácticas de saber <i>Gabriel Guajardo S.</i>	37

II SECCION

MASCULINIDAD/ES: CUERPOS Y DESEOS

Sexualidad en hombres: evaluación. ¿Y las mujeres? <i>Cristina Benavente y Claudia Vergara</i>	45
¿Eros sentimental? Explorando los desafíos de la sexualidad masculina <i>Carla Donoso Orellana</i>	59
Maquillajes masculinos y sujeto homosexual en la literatura chilena contemporánea <i>Juan Pablo Sutherland</i>	71
Legítima bomba al vacío. Notas a partir de un objeto etnográfico de la masculinidad <i>Enrique Moletto</i>	79

III SECCION

SEXUALIDAD/ES E IDENTIDAD/ES EN VARONES ADOLESCENTES

Sexualidad en adolescentes varones: apuntes de la experiencia clínica
y de investigación

M. Ximena Luengo Ch. 87

Sexualidad e identidad: un análisis crítico de la educación sexual en Chile

Francisco Javier Vidal 95

Entre curas y medianoche (los avatares del explorador)

Humberto Abarca P. 111

IV SECCION

CATOLICOS, SEXUALIDAD Y GENERO

Género, representaciones de masculinidad y pastoral social: ¿un puente
sobre aguas turbulentas?

Alba Gaona 125

Sexualidad y cristianismo. Una relectura crítica a partir de la teología
y el género

Jan Hopman 141

Y a Dios, ¿le gusta que hagamos el amor? Notas psicoanalíticas
sobre la moral sexual oficial de la Iglesia Católica

Juan Pablo Jiménez 155

Y A DIOS, ¿LE GUSTA QUE HAGAMOS EL AMOR? NOTAS PSICOANALITICAS SOBRE LA MORAL SEXUAL OFICIAL DE LA IGLESIA CATOLICA

Juan Pablo Jiménez *

Una discrepancia profunda: norma moral y práctica sexual

A propósito de la discusión sobre la aprobación de una ley de divorcio vincular y la comercialización de la llamada "píldora del día después", se ha reagudizado, una vez más, la polémica pública en torno a la postura oficial de la Iglesia Católica sobre moral sexual. Es un tema que despierta muchas emociones y donde es difícil mantener una postura reflexiva y ecuánime, fácilmente se crea un clima de intolerancia y descalificación de la opinión ajena.

Dada la importancia histórica de la Iglesia Católica y su peso político en la sociedad chilena, esta es una polémica que compromete a todos los actores sociales, sean estos católicos o no. Es una controversia especialmente interesante si consideramos que, más allá de los planteamientos oficiales, a los chilenos que se dicen católicos cada día parece importarles menos el discurso de la jerarquía eclesial sobre el sexo.

Una encuesta reciente elaborada por el *Centro de Ética de la Universidad Alberto Hurtado* sobre el parecer ético ciudadano -realizada en una muestra donde el 68% de los encuestados se declaró católico-, en relación con el tema de la "píldora del día después" y la ley sobre el divorcio (Informe Ethos N°17 2001), mostró que un 58% de los entrevistados confesó que les interesaba poco o nada la palabra oficial de la Iglesia sobre el tema de la píldora. En el caso de la ley del divorcio el porcentaje aumentó a un 62%. Por último, el 55% de los encuestados pensaba que la Iglesia no debería entrometerse en el tema del matrimonio, por ser este un asunto exclusivo de la pareja.

Los autores de esta investigación se preguntan: "*¿Cuál es la explicación y el fundamento de opiniones y valoraciones mayoritariamente discrepantes de la posi-*

* Médico Psiquiatra y Psicoanalista. Director del Departamento de Psiquiatría y Salud Mental Oriente de la Facultad de Medicina. Universidad de Chile. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Chilena (IPA).

ción oficial de la Iglesia, a la que se dice pertenecer?" (Informe Ethos N°17 2001:19) Más adelante plantean que *"el riesgo de no escuchar la realidad es el de mantener una ética disociada... donde en materia de principios hay acuerdo pero, en la práctica, las decisiones se toman sobre la base de otros criterios"* (Informe Ethos N°17 2001:23). Finalmente, terminan invitando a una *reflexión pública* en la que se den razones para -en un clima de mutuo respeto-, establecer un diálogo que permita pensar y profundizar en los argumentos.

Con estas notas quiero responder a la invitación contribuyendo con elementos que enriquezcan la reflexión pública sobre el tema. Al hacerlo, me sitúo en la más genuina tradición filosófica, según la cual la norma moral en este punto debe partir de una comprensión del fenómeno sexual pues, *operatur sequitur esse*, esto es, "el orden del ser precede al orden del deber-ser (orden moral)". En materia de sexualidad, los conocimientos que aporta el psicoanálisis y la ciencia moderna son fundamentales y no pueden ser ignorados.

Siendo el tema demasiado vasto para ser abarcado en pocos minutos, esbozaré primero la concepción actual sobre la sexualidad, que surge del Psicoanálisis y de los datos de la Biología y las Ciencias Sociales modernas, para después concentrarme en la pregunta -que invierte la planteada por los investigadores jesuitas- sobre el por qué la Iglesia no está dispuesta a modificar sus normas de moral sexual a partir de la nueva comprensión de la sexualidad (Vidal 1991:208). Desde luego, advierto que, por no disponer de tiempo para fundamentar mis afirmaciones, éstas pudieran parecer precipitadas. Por otro lado, si acaso alguno se está preguntando sobre el lugar desde donde un psicoanalista puede pensar sobre estos temas, espero que al terminar esta presentación esta inquietud quede satisfecha.

Antes de seguir, es necesario aclarar que el panorama que observamos en Chile es general para el mundo occidental. *"No hay que acudir a comunidades cristianas progresistas para advertir la posición claramente independiente con relación a las posiciones oficiales de la Iglesia que muestran muchos cristianos en temas como la masturbación, las relaciones prematrimoniales, la contracepción, etc. Según un trabajo publicado en España en 1989, el 72% de los católicos españoles afirma que, en materia de sexualidad, lo mandado por la Iglesia no tiene repercusión en sus vidas. El 47% de ellos son practicantes habituales"* (Domínguez 1992:204). En un espectro que va desde los Estados Unidos hasta Polonia la situación es la misma. Este último país es la nación católica donde, según datos de 1991, el 81% de la población (practicante en un 70%) se sitúa contra de la doctrina eclesial sobre anticonceptivos. Así aparece en una encuesta realizada en vísperas de una de las visitas del Papa a Polonia (*El País*, 6.2.1992) (Domínguez 1994:45-54).

Sin embargo, no sólo se observa una discrepancia profunda entre la posición oficial de la Iglesia y la opinión mayoritaria de los creyentes, sino también se constatan graves divergencias entre las normas sobre sexualidad emanadas de la jerarquía eclesiástica y la opinión fundada de un importante grupo de moralistas católicos. Ya en 1974, uno de ellos escribía: *"A juzgar por sus orientaciones más recientes, la Iglesia se muestra firmemente decidida a mantenerse en las normas tradicionales: aunque la sexualidad no está vinculada exclusivamente al matrimonio, sí lo está su plena realización; lo cual significa que sigue prohibida toda entrega sexual fuera del matrimonio o en el camino hacia él"*. Y la *Humanae vitae* rechazó cualquier intento de relajar la prohibición de un control de natalidad. *"Pero en este punto -continúa el teólogo- son muchos, incluso entre nuestra mejor gente, los que no están de acuerdo. Se sospecha que a los responsables de la Iglesia les sobra timidez y les falta decisión para sacar las consecuencias del nuevo orden de valores. De ahí que surjan las referidas discrepancias y que muchos se forjen sus propias normas de conducta"* (Boeckle citado en Vidal 1991:208).

En los años posteriores esta situación no parece haber cambiado, al contrario, la divergencia entre jerarquía y opinión de creyentes y teólogos más bien se ha profundizado. En vista de este panorama, la disociación ética a la que se refieren los investigadores del citado centro de ética es mucho más profunda, pues tampoco parece haber acuerdo en materia de principios, como ellos plantean. Ni siquiera existe una metodología para alcanzar un consenso: la autoridad eclesiástica no se allana a aceptar la profunda revisión de los planteamientos de la moral sexual tradicional que emprenden los estudios teológico-morales recientes y el nuevo modelo teológico-moral propuesto para expresar la dimensión ética del comportamiento sexual.

La sexualidad humana: el carácter desbordante del deseo

Con Freud y el psicoanálisis se inauguró una revolucionaria manera de concebir la sexualidad. En contra de una concepción biologicista que identifica genitalidad y procreación, el psicoanálisis ve en la sexualidad un conjunto de fantasías y actividades que existen desde la infancia, capaces de producir placer y que no se reducen a la satisfacción de una necesidad fisiológica. En última instancia, la sexualidad se concibe como una función vital orientada a la búsqueda de un encuentro fusional entre personas, totalizante y placentero. Puesta en el contexto de la comunicación y la relación interpersonal, la sexualidad deja de aparecer -como sostenía cierta moral católica tradicional- como un placer no necesario que sólo se

justifica como "excusa" para asegurar la procreación.

Con el ser humano, el sexo deja de ser un instinto para cobrar el carácter de *pulsión*. El instinto sexual en los animales se dirige de modo preciso a objetos definidos genéticamente y es despertado por estímulos bien determinados. Subiendo en la escala evolutiva, el sexo va perdiendo este carácter rígido centrado en la procreación hasta llegar a la especie humana, donde desborda, convertido en pulsión. La pulsión no tiene ya fines ni objetos de satisfacción programados, sino que se "derrama" por todo el ser viviente, nos recorre por dentro y por fuera, hasta el punto que se puede afirmar que todo lo que hombre y mujer hacen, sienten o piensan, tiene una dimensión sexual, aunque nada pueda ser entendido como pura y exclusivamente sexual.

Si embargo, en su aspiración totalizante, la sexualidad humana está atravesada por la frustración. En su núcleo anida lo ilusorio, la aspiración a eliminar la distancia que nos constituye como sujeto, la pretensión de romper todo límite, barrera y separación. Pablo Neruda expresa así el carácter ambiguo del deseo sexual -simultáneamente fascinante y amenazador- en estos versos del *Hondero entusiasta*:

"Ternura de dolor, y dolor de imposible,
ala de los terribles deseos,
que se mueve en la noche de mi carne y la suya
con la aguda fuerza de flechas en el cielo"¹.

Por esta razón, la sexualidad, que surge tempranamente en los niños como omnipotente en sus pretensiones, deberá enfrentar una norma y limitación fundamental como condición para constituirse como sexualidad humana, estructurada en torno a la prohibición del incesto y a la renuncia a los propios padres como objeto sexual.

La psicofisiología también ha mostrado que, en nuestra especie, la actividad sexual ha dejado de estar unívocamente centrada en la reproducción para depender de funciones corticales superiores, que modulan la emoción y la comunicación, el lenguaje y la simbolización. En este sentido, el placer sexual se inscribe dentro de un horizonte que rebasa con creces el fin genital y reproductivo. El poeta reflexiona:

"Yo me sentí crecer. Nunca supe hacia donde.
Es más allá de ti. ¿Lo comprendes hermana?"

¹ Citado por Eduardo Carrasco (...), *Campanadas en el mar. Lectura filosófica de Pablo Neruda*. Santiago: Zeta p.180.

Es que se aleja el fruto cuando llegan mis manos
y ruedan las estrellas antes de mi mirada.

Siento que soy la aguja de una infinita flecha,
y va a clavarse lejos, no va a clavarse nunca,
tren de dolores húmedos en fuga hacia lo eterno,
goteando en cada tierra sollozos y preguntas"
(Neruda "Hondero" entusiasta)

El vector que conecta el deseo con el mundo del espíritu es patente en estos versos. Más de una vez se ha considerado la unión sexual como una prefiguración de la unión mística. La poesía de San Juan de la Cruz es un buen ejemplo de una erótica de lo sublime.

Por otra parte, estudios etnológicos muestran que, a través de siglos y continentes, las sociedades han concebido, practicado y organizado la sexualidad de maneras al menos tan variadas como las demás actividades humanas, donde la reproducción fue sólo una de sus funciones.

A esto debemos agregar que, sin buscarlo, el desarrollo económico y social ha transformado la práctica de la sexualidad, confirmando de paso su relativa independencia de la función procreativa. Valga sólo mencionar que el alargamiento de la vida ha prolongado la actividad sexual de las parejas mucho más allá de la edad reproductiva.

Desde luego, el carácter intrínsecamente desbordante de la sexualidad abre la puerta a desarrollos patológicos y perversos -que eventualmente llegan al consultorio del clínico-, y también a la manipulación publicitaria y a la pornografía, realidades que, por cierto, exigen de regulación ética y legal. Una de las oscuridades del carácter desbordante del deseo está precisamente en su oculta relación con el poder, relación que lo entroniza en el corazón mismo de la manipulación ideológica y en cualquier relación de dominio, en especial en las de género.

Todo este conjunto de factores, al que deberíamos agregar el cambio de mentalidad propio de la modernidad y la secularización, ha modificado considerablemente las ideas prevalentes sobre moral sexual. *"El resultado final es que la valoración de problemas como los de la masturbación, las relaciones prematrimoniales, la homosexualidad, el uso de anticonceptivos, etc., se emprende desde una nueva mentalidad y sensibilidad moral. Las transgresiones de las normas morales no se viven con sentimientos de culpa, sino que se tiene el sentimiento de estar efectuando un proceso de maduración personal que pasa muchas veces, como parte*

de una auténtica acción ética, por el afrontamiento y superación de una normativa previamente interiorizada y desvelada como represiva y carente de una auténtica fundamentación moral" (Domínguez 1994:48).

La teología moral católica no ha estado ausente de estos desarrollos. Basta echar un vistazo a las publicaciones más modernas para comprobar que, con diferencia de matices, esta nueva concepción está siendo incorporada a la reflexión teológica. Sin embargo, como veremos a continuación, la posición oficial de la Iglesia sigue aferrada a concepciones no científicas ni psicológicas, que reducen la sexualidad a su función procreativa y genital, remanentes de un dualismo que desprecia la corporalidad y desconfía del placer.

El discurso eclesial oficial: el placer sometido

El modelo moral para el comportamiento sexual, así como las normas concretas de ética sexual que la Iglesia propone a los responsables de la educación en la católica, está contenida en varios documentos altamente consistentes entre sí. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado por Juan Pablo II el 11 de octubre de 1992, nos ofrece una buena síntesis de la doctrina.

Si bien el catecismo parte reconociendo que *"la sexualidad abarca todos los aspectos de la persona humana, en la unidad de su cuerpo y de su alma, y que ésta concierne particularmente a la afectividad, a la capacidad de amar y de procrear y, de manera más general, a la aptitud para establecer vínculos de comunión con otro"* (nº 2332), a continuación nos vemos rápidamente confrontados con un discurso en el que destaca una actitud defensiva, de censura, desconfianza y temor, que transmite insistentemente un llamado al control y a la coerción de la sexualidad. Bajo el modelo general de *"vocación a la castidad"*, en el texto se multiplican expresiones tales como *"dominio de sí"*, *"control de las pasiones"*, *"liberación de la esclavitud"*, *"resistir las tentaciones"*, *"templanza"*, *"obediencia"*, *"esfuerzo"*, *"tarea"*, etc., todas éstas notas de una virtud de castidad que se la define como *"don de Dios"* (nº 2338-2345). No hay valoraciones positivas del goce sexual. Las alusiones al placer sólo aparecen, precisamente, en relación con las ofensas a la castidad, definido como *lujuria* y como *"moralmente desordenado"* cuando es buscado por sí mismo, *"separado de las finalidades de procreación y de unión"* (nº 2351).

De acuerdo con el texto, la sexualidad está ahí acechando como una permanente amenaza. Para el creyente, placer y goce sexual se constituyen en el gran enemigo que hay que dominar y poner bajo control. Sexualidad y procreación se presentan

indisolublemente unidos sin posibilidad de separación bajo ningún concepto o circunstancia. El placer debe ser sometido, sin capacidad alguna de autonomía y libertad. Desde esta vinculación indisoluble se articulan todas las normas concretas sobre moral sexual, no importando el mayor o menor o, en algunos casos, ningún respaldo en las fuentes evangélicas. Masturbación, homosexualidad y uso de anticonceptivos son condenados. Relaciones prematrimoniales y fecundación artificial son moralmente reprobables, porque "*disocian el acto sexual del acto procreador*" (nº 2377). "*El placer sometido se presenta, pues, como la clave de todo el discurso moral*" (Domínguez 1994:50).

Si alguien tuviera la idea de atribuir esta concepción al actual pontificado, debe recordar que el *Concilio Vaticano II*, con toda la libertad que trajo a tantos ámbitos eclesiásticos, dejó explícitamente fuera de cualquier discusión o cuestionamiento los temas (sexuales) del uso de anticonceptivos, el celibato de los sacerdotes y el estatuto de los divorciados y vueltos a casar. Por lo tanto, debemos concluir que ésta es una materia que no puede reducirse a inclinaciones ideológicas o personales de las máximas autoridades eclesiásticas. "*Hay algo en la misma estructura eclesial que parece inmovilizar su discurso en materia sexual, mientras el discurso sociocultural sobre el tema se desplaza y modifica con una velocidad vertiginosa*" (Domínguez 1994:50).

Una relación oculta: sexualidad, poder e institución eclesiástica

Cualquiera que conozca de cerca la Iglesia Católica o que, como psicólogo, psiquiatra o psicoterapeuta, haya tomado contacto con los conflictos subjetivos de creyentes, sacerdotes, religiosas o religiosos, sabe lo que la disociación descrita entre fe y moral sexual significa como fuente de contradicción y sufrimiento. Por otro lado, todos somos testigos de la firmeza con que las autoridades eclesiásticas defienden públicamente el principio de la unión indisoluble entre sexualidad y procreación. Frente a este panorama, es ineludible concluir que la inmovilización del discurso eclesiástico en torno a la sexualidad responde a razones profundas y no a una mera obstinación o capricho como pudiera aparecer a primera vista.

En su ensayo, *Psicología de las masas y análisis del Yo*, de 1921, Freud mostró que las organizaciones sociales se sustentan gracias a un particular manejo de la sexualidad entre sus miembros. En este sentido, el texto presenta al Ejército y a la Iglesia Católica como modelos particularmente significativos de la economía libidinal particular que está en la base estructural de todo grupo. En ambas organizaciones la sexualidad es regulada de manera cuidadosa, de modo que ésta juegue

a favor y no en contra de la propia institución.

A la hora del limitar la actividad sexual, la Iglesia está guiada por importantes intereses institucionales. Existen los mejores motivos para recomendar la castidad a los fieles e imponer el celibato a los sacerdotes: el amor genital pone en peligro los lazos colectivos, mientras que la sublimación de la pulsión sexual refuerza y estabiliza el vínculo social. En este punto vuelve a emerger la importancia del padre como regulador de la sexualidad infantil. Para Freud, la creencia en un jefe -visible como el Papa, o invisible como Cristo-, que ama por igual a todos los creyentes, es la ilusión amorosa que recorre a la Iglesia como institución de fe y que mantiene la cohesión de la misma. *"De esta ilusión depende todo"* - afirma Freud-, "y su desvanecimiento traería consigo la disgregación de la Iglesia, en la medida en que la coerción exterior lo permitiese" (Freud 1921:2578). De este modo, la limitación del amor genital y el sometimiento al líder, como representante del padre imaginario que estructura nuestro psiquismo, aparecen como los dos ejes sobre los cuales se articula el engranaje institucional eclesiástico.

La sexualidad deja así el ámbito individual para constituirse en el centro de la problemática política. Como lo ha señalado M. Foucault, la preocupación ética en torno al placer sexual existe desde la Antigüedad, mucho antes de la aparición del cristianismo, precisamente por la oposición estructural entre sujeto deseante y sometimiento al poder.

Si volvemos al discurso eclesiástico, pareciera que en su base late la idea de una incompatibilidad radical entre Dios y el placer. Un discurso que pareciera repetir incesantemente que "a Dios no le gusta que hagamos el amor". Esta afirmación puede parecer escandalosa para quienes están convencidos que profesan una fe cuyos textos fundacionales (los evangelios) no dejan en absoluto ver tal incompatibilidad.

Las relaciones entre sexualidad y poder surgen de la limitación fundamental que la socialización temprana impone como condición para acceder al nivel de lo humano. Esta norma señala que los padres están excluidos del campo de la satisfacción. En este contexto, la ambivalencia frente al padre se plantea en términos de autoafirmación y negación de la autoridad paterna o de sometimiento incondicional a él. Es él quien tiene la clave del acceso al placer. *"Así pues, la pretensión de situarse en una incuestionable posición de autoridad, supondrá siempre, situarse con capacidad de controlar y someter en el otro la propia autoafirmación en el placer. Todo tipo de tiranía social, política o religiosa, ha intuido esta dinámica profunda derivada de nuestro acontecer psíquico. La represión sexual, por ello, se les ha hecho inseparable. En ella han encontrado una pieza fundamental*

para el mantenimiento de su propia estructuración de poder" (Domínguez 1994:53). La moral sexual católica oficial parece exigir de continuo la negación del placer sexual, la renuncia y el sacrificio. Tampoco es casualidad que la mujer tenga un rol secundario frente al hombre en las estructuras de poder eclesiástico. Desde un punto de vista psicoanalítico, el manejo de la representación de un Dios represivo en lo sexual es el sustento de la adhesión a la autoridad del Papa. Cada porción de placer obtenido será una porción de autoridad que se le niega.

Y ahora ¿qué?

Al finalizar estas notas, surgen preguntas dirigidas a los teólogos y los líderes eclesiásticos: ¿Es posible imaginar una Iglesia que abandone la concepción represiva del placer sexual implícita en su moral? ¿Significa aquello un cambio tan radical en la estructura política y administrativa de la Iglesia Católica que, como afirmó Freud, amenaza su desvanecimiento como colectividad? ¿Cuánto poder político perdería la Iglesia al limitar la autoridad del Papado? Por otra parte, la mantención del poder político, a costa de la creciente disociación entre las normas morales oficiales, por un lado, y las prácticas de los creyentes y la opinión de los teólogos, por el otro, ¿no erosiona, precisamente, la influencia y credibilidad de la Iglesia como institución ética en la sociedad? ¿Es razonable esperar que aparezca un liderazgo en la Iglesia que renuncie a porciones importantes de autoridad en aras de una mayor coherencia entre fe y moral? El desafío parece gigantesco, la respuesta nos la dará el futuro.

BIBLIOGRAFIA

- Boeckle, F. (1991) *Iglesia y sexualidad: Posibilidad de una moral dinámica*: Concilium n. 100 (1974) citado por Marciano Vidal.
- Domínguez Morano, Carlos (1992) *Creer después de Freud*, Ediciones Paulinas. Madrid, España.
- Freud, S. (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. BN VII.
- Informe Ethos Nº17 (2001) Centro de Ética, Universidad Alberto Hurtado.
- Universidad Alberto Hurtado (2001) Informe Ethos, Nº17. Centro de Ética. Universidad Alberto Hurtado.
- Vidal, Marciano (1991) *Moral del Amor y de la Sexualidad*. Editorial Covarrubias. Madrid, España.